

completo las normas únicas de pureza moral, que pueden ser capaces de contener los desbordes del apetito colectivo y de las pasiones individuales.

Tienen razón quienes han calificado de obra cumbre este libro del glorioso autor alemán, porque en él están expuestas las mayores fallas de la sociedad en que vivimos. Y el autor, a través de su poderosa fuerza mental, en símbolos y en bellas incitaciones a palpar la raíz del mal, nos muestra un camino de claras perspectivas, que pudieran aún darle al hombre la ilusión de recuperar su salud moral.

«LOYOLA».

El escritor Alejandro Vicuña ha alcanzado, por cierto, gran notoriedad con su dedicación, tenazmente mantenida, de escribir biografías de personajes célebres. Los ha buscado en Roma y en el viejo Egipto, país donde vivían los israelitas, cuando este pueblo, obedeciendo al mandato de Dios, y a través del desierto, marchó hacia el fabuloso país de Canaán. Porque «Moisés», es acaso una de las biografías más amenas que ha escrito Vicuña. Y luego la de Savonarola, en que está muy bien captada la pasión y el ambiente de esa época de fanatismos y de intransigencias, que provocaban el estallido de espíritus dispuestos a llegar hasta el martirio.

Ahora Vicuña, que también hizo una biografía de doña Inés de Suárez, quien sabe si la más débil, por la falta de datos precisos y de documentos de ese tiempo; se enfrenta con Ignacio de Loyola, el severo y ascético personaje que un día después de pelear y ser herido en el sitio de Pamplona, asediado por los franceses que protegen con sus tropas al rey de Navarra, siente el deseo impostergable de dedicar su vida a la meditación, al renunciamiento de toda pompa y vanidad, para servir a Dios, haciendo el bien al prójimo.

En el carácter de aquel bravo capitancito, que según re-

fiere Rivadencira, uno de sus biógrafos más acuciosos, era de no mucha estatura, hay una voluntad, una decisión inquebrantable. Un viaje a su casa, en donde consigue reponerse de las crueles heridas de Pamplona, y después de una operación que soporta sin hacer un gesto de dolor—son los tiempos sin anestesia—y hétenos aquí a Ignacio de Loyola que se lanza por los caminos del mundo, para dar que hablar con sus hechos a media humanidad, y a través de varios siglos.

El relato de sus viajes, sus aventuras y desventuras tanto en Barcelona como en Manresa, y luego en Salamanca y en Toledo, está descrito prolijamente en este libro de Alejandro Vicuña. A ratos el relato adquiere gran vivacidad, pues la lucha a la cual se entrega Ignacio, está plagada de inconvenientes y de dificultades que a otro espíritu menos esforzado le hubieran parecido insuperables. Dentro de las propias comunidades religiosas, Loyola tiene un enemigo formidable que le hace pasar bastantes malos ratos. Es el fraile Melchor Cano, hombre de gran privanza en los círculos de la Corte española y en el Vaticano. Pero la tenacidad de Ignacio logra vencer tropiezos y consigue, por fin, que un buen día, el Papa Paulo III, dicte la Bula que autoriza la fundación de la Compañía de Jesús, que tanto habrá de influir en el mundo hispano, especialmente en lo que se relaciona con el régimen colonial de América.

El capitancito de Pamplona, en donde ejerce de guerrero, es después, también, un verdadero capitán de sus disciplinadas huestes. A nadie le permite salirse de las normas que él ha fijado para su Compañía de Jesús. Aun el propio Lainez, uno de sus compañeros más abnegados y de más recia formación ascética en la escuela rígida creada por Ignacio, recibe una reprimenda suya, por haberse salido ligeramente de la disciplina. Ignacio confería a la disciplina la parte más importante de su organización religiosa. El no admitía ninguna excusa en la no obediencia. El subordinado estaba para obedecer, y nada más. No cabía discusión.

El libro de Alejandro Vicuña contiene datos y detalles interesantes, recogidos seguramente en prolijas lecturas, que le permitieron crear una imagen viva y de fuerte relieve humano, para darnos la sensación de ese personaje que tanto dió que hablar al mundo. Ignacio de Loyola es un arquetipo de ciertas cualidades de su raza. En su voluntad, en su firmeza de carácter, en su integridad moral, acaso también en su intransigencia y falta de ductilidad en algunos aspectos de su vida, está reflejada certeramente su personalidad. Vicuña ha logrado una estampa de singular relieve, con su personaje.

«IMAGEN DE EUROPA».

Don Carlos Ossandón Guzmán hizo un viaje a Europa, que fué para él fecundo en sensaciones y en imágenes de atrayente relieve. Por todos los países a los cuales asoma su inquietud viajera, va con él un diablillo malicioso y travieso que sabe encontrar la circunstancia singular, digna de quedar anotada en las páginas de un libro. Es hombre que no se queda corto en apreciaciones y sabe realzarlas con su ribete de picardía cuando viene al caso.

En este libro hay que celebrar, entre otras muchas cualidades, el buen humor de este viajero, que cruza el mar para ver otro mundo. Ese mundo que acaba de salir de una hoguera. Un mundo purificado por el dolor y por el fuego de la metralla. Pero en el hecho, en la realidad viva, en ese mundo aparece, como eternamente aparecerá, la condición humana, con todas sus cualidades y sus resabios. No hay duda alguna de que el autor de este libro tiene un alma de artista. Y es, según entendemos, un pintor de calidad superior. Muy pronto se advierte en su peregrinaje esta afición, que le domina. Y así en España, en Italia o en Francia, se va a los museos y nos dice cosas de gran interés acerca de la pintura. Son también pinceladas, breves, nerviosas, ágiles, pero que dan una idea de lo